

Hoy, exactamente a las 5:41, cantó el primer pájaro del día. ¿Cómo saber a qué hora cantará el último? «Toda la noche oyeron pasar pájaros», escribe Colón en su diario, el 9 de octubre de 1492. Significaba que estaban salvados. Según la leyenda, los prisioneros de Auschwitz no escucharon ni vieron acercarse jamás a ningún pájaro. Pero aquí, en Chile, en 2018, un bebé (mi bebé) se niega a dormir, y su desvelo me regala el canto del primer pájaro.

+++

Hay algo que indica la hora de nacer. La señal que pone en marcha el parto viene de la segregación de ciertas proteínas en los pulmones de los bebés. El pulmón: solo allí se decide la señal de maduración que se necesita para enfrentar el nacimiento. «Señor de la respiración»

es uno de los nombres de Dios entre los tuaregs, pueblo nómada del Sáhara. El bebé «decide» nacer al mundo cuando ya se ha convertido en un pequeño dios, en el Señor de su respiración.

+++

A las seis y media de la mañana ya se escuchan los ruidos de la responsabilidad. Los tacones en marcha de la secretaria, el paso cansado del obrero, la ducha rápida del oficinista, las rueditas de la mochila del escolar. Todo aquello infunde terror en quienes queremos seguir pensando el mundo en la cama. ¿Qué haces tú para contribuir al ruido de la responsabilidad? Es la pregunta que me he hecho durante toda mi vida, aquello que tortura mi espíritu de Oblómov.

+++

El amor es un fenómeno de la atención, dice Ortega en los estudios sobre Stendhal. Noto que los hombres que remontan los peldaños del Metro de forma ligera y atlética –de dos en dos–, en vez de subir por la escalera mecánica, atraen las miradas. ¿Cuántos amores nacieron

por alguien que dobló una esquina de forma innovadora o empinó la copa de forma distinta?

+++

Hay que tener buen oído para saber diferenciar un balazo de un fuego artificial. Pero es posible entrenarlo.

+++

Nadie se come un Chandelle a las nueve de la mañana por hambre. Si alguien lo hace es para ocupar la tapa y fumar pasta.

+++

Me produce una extraña alegría ver en el barrio a los que se van al trabajo a las diez o a las once de la mañana, vestidos descuidadamente y con una tranquilidad a toda prueba. Los imagino como pequeños aristócratas. Imagino que algunos ni siquiera van a trabajar sino a «actuar de trabajadores», mientras se pasean por todas las vitrinas del centro. Lo malo es que todo se paga en esta vida: esos tipos son los que vuelven a su casa a las

diez de la noche. Lo ideal sería irse a las diez y volver a las dos de la tarde. Cuando trabajaba en la Compañía de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia, Kafka salía de su oficina a las dos. ¿De qué se quejaba tanto, entonces? Dale ese horario a un chileno y míralo reventar de felicidad.

+++

Kropotkin y Tolstói coinciden en el tiempo que un hombre debe trabajar para producir todo lo necesario para su bienestar y el de la sociedad: cuatro horas diarias.

+++

En una sociedad comunista, ¿quién barre la calle? Quizás sea una pregunta capital. Veo un documental sobre Corea del Norte, donde el funcionario de gobierno que atiende a un grupo de periodistas occidentales explica que allí cualquier persona que desee hacerlo barre la calle, después de su trabajo, como un hobby o un servicio a la comunidad. La respuesta del socialista utópico Charles Fourier era tan ingeniosa como chiflada: son los niños quienes deben barrer la calle. Ya que disfrutaban tanto

jugar con el barro y la suciedad, seguramente lo harían con mucha felicidad. Las madres de hoy desean fervorosamente que sus hijos entren a la universidad, principalmente para que no tengan que barrer. Habría que preguntar a los estudiantes universitarios, a los poetas, a los filósofos, si desean limpiar las calles por la mañana y de allí sacar la inspiración necesaria para su jornada intelectual. Mientras tanto, la mugre se acumula.

+++

Quiero postular a un fondo literario para comprarme un sofá, como Mario Levrero.

+++

El viaje a pie de Múnich hasta París que Werner Herzog describe en *Del caminar sobre hielo* es la distancia que separa Santiago de Valdivia. El viaje, también a pie, que relata Patrick Leigh Fermor en *El tiempo de los regalos*, de Holanda hasta Constantinopla, en Chile sería de Temuco a Arica. Faltan más libros así, medidos por kilómetros a pie.

+++

Por Ovidio conocemos a Tiresias, una especie de turista masculino en la vida de las mujeres. Fue transformado en mujer por siete años, su castigo por haber separado en el bosque a dos serpientes que copulaban. Él solo quería saber una única verdad: si el placer de las mujeres es nueve veces más fuerte que el de los hombres. No hay esperanzas, la batalla está perdida de antemano.

+++

Es maravilloso cuando los maestros reconocen voluntad propia a las cosas inanimadas. Cuando el gasfiter que no puede soltar una tuerca te mira y te dice: «No quiere».

+++

El otro día, en el Paseo Ahumada, escuché que ella le decía a él: «En Nataniel *Cos*». Esa hermosa imposibilidad flaute de pronunciar la letra equis. Yo también la tengo. Todo pasa por la zona que se usa para expulsar el aire: la x es una consonante velar, que el flaute se niega a pronunciar desde la garganta, y en una asimilación fonética desplaza el aire hacia delante. Confirmo –con cierto orgullo– que mi pronunciación tiene mucho de

flaite, cosa que no he podido o no he querido desarraig-
gar, sino que preservo con un celo parecido al de los
gitanos, que se niegan a la asimilación. Escribir como
se habla —el consejo de Céline—, nada más alejado de mi
caso. Caravaggio fue flaite; huérfano a los once, vivió en
la calle con un grupo de pintores cuyo lema de vida era
nec spe, nec metu, sin esperanza, sin miedo. No solo le
cortó la cara a una prostituta sino que acabó asesinando
a un hombre y huyendo de Roma. Flaite y criminal,
seguramente disimulaba su acento en la perfección de
su arte, tan lleno de luz como de oscuridad. Uno de los
temores de mi mujer es que mi hijo herede alguna de
mis formas de pronunciar. «Tu hijo debería leerte, no
escucharte», me dice. Así, cuando estoy en presencia de
su pequeña majestad, me esfuerzo por ser un conde de
las consonantes. La gramática, el hechizo que esconde a
la bestia que es la fonética.

+++

Me niego a pronunciar los verbos de forma correcta.
No soporto terminar los verbos con una ese, siempre
lo hago con una i. Siempre voy a preferir el «tú creí»
al «tú crees». Si tuviera un trabajo que me obligara a

hablar de manera formal, preferiría (como Bielsa) no tutear a la gente y decirle, por último, «¿sabe qué?» en vez de «¿sabes qué?». Mi mujer me castiga: insiste en que pronuncie bien para que mi hijo aprenda a hablar bien. Pero si alguien que recién conozco me dice «tú crees que» de inmediato me pongo reticente al contenido de su discurso. La ese al final de los verbos me altera en la conversación, aunque no en los textos. Bertoni escribe terminando los verbos en i; ahí comienza el encanto de su poesía. Hay gente que es anfibia; habla con formalidad en la pega y treinta minutos más tarde, en el bar, termina los verbos con i. Los feriantes, los vagabundos, los cesantes, los ermitaños, no tienen ninguna instancia formal en la vida, y jamás cambian las hermosas terminaciones de sus verbos. Todo esto es bien chileno. A mí me preocupa cada vez que oigo a un niño de tres años pronunciando demasiado «bien», a pesar de que aún no tienen ningún jefe.

+++

El 5 de octubre se celebra el *mundus patet*, «el mundo está abierto». Según los romanos, era uno de los días (junto al 24 de agosto y el 8 de noviembre) en que

estaba abierta la puerta del inframundo, la *lapis manalis*, que comunicaba el mundo de los vivos con el de los muertos. Macrobio decía que ni los asuntos militares ni los públicos se tramitaban durante esos días. Cualquier romano hubiese creído que hacer un plebiscito un 5 de octubre, con la puerta abierta al mundo de los muertos, no era la mejor idea, pero fue exactamente lo que hicieron los militares en 1988. ¿Qué habrá entrado ese día en el país a través de la *lapis manalis*? Es curioso que hayamos tomado el concepto de plebiscito de los romanos, pero hayamos olvidado la prohibición de realizarlo en esa fecha.

+++

Nunca he conocido a alguien que se haya ido de Facebook definitivamente. Sobre todo el que subió momentos cuidados, exitosos, emotivos y sobresalientes. Los que se van para siempre son los faros anónimos, los que nunca pusieron una foto en el perfil, los que no subían su información. Pero nadie del primer grupo se va: si se despiden es porque quieren sentir los vótores del regreso, que siempre son más duraderos que el tiempo de la despedida. Por el contrario, los que se van para

siempre no cierran la cuenta. La dejan allí. Y no se despiden porque nunca se interesaron en saludar. Son esos tipos de los que uno no se aprendió el nombre en el colegio: aunque trates de recordar algo de ellos, alguna maldad, alguna pelea, no logras traer ninguna imagen clara a tu memoria, más allá de un apellido extraño y una imagen borrosa en la esquina de la foto de graduación. Quizás ellos sean los ganadores, los que viven más allá de la desaparición.

+++

A veces los que se despiden de las redes sociales dan un sentido discurso que es casi siempre el mismo: están cansados de la gente, de las peleas, de la toxicidad general del sistema. Requieren y exigen una tranquilidad que solo brinda el no estar conectado. En su libro *Solo*, de 1903, August Strindberg se despedía así de Facebook: «Lo que he ganado con la soledad es poder decidir por mí mismo mi dieta espiritual. No tengo que ver a mis enemigos en mi propia casa, sentados a mi mesa, ni escuchar en silencio mientras alguien se burla de lo que yo más estimo; no tengo que escuchar, dentro de mi casa, la música que aborrezco; evito ver periódicos,

tirados por ahí, con caricaturas de mis amigos y de mí mismo; me he liberado de leer libros que desprecio y de visitar exposiciones y admirar cuadros que no me gustan. En una palabra, soy dueño de mi alma en aquellos casos en los que uno tiene algún derecho de serlo, y puedo elegir mis simpatías y antipatías». Pero Strindberg, como todo usuario de la red social, volvería a abrir su cuenta más tarde.

+++

«Todo está escrito, nada nuevo hay bajo el sol. Pero como nadie lo lee, hay que volverlo a escribir...» André Gide, *El tratado de Narciso*

+++

En la población siempre ha sido mal vista la protección, usar elementos para protegerse del daño: sea el condón, las canilleras en la pichanga o el casco de bicicleta, todo artefacto protector es objeto de burla, inútil, hecho para los giles, no para los vivos. A pesar de que ya no les queden alvéolos pulmonares, algunos adictos a la pasta igual se protegen del virus con una mascarilla. Sus

colegas, la mayoría, se burlan y les gritan a los pocos precavidos: «¡Andái con el coronapera!».

+++

Según Samuel Johnson, «la perfecta cortesía consiste en no estar marcado por una profesión cualquiera, sino, al contrario, en tener una soltura general en todos los modales y en todas las circunstancias». Lo he comprobado. Cuando en una conversación cualquiera me he encontrado con alguien sinceramente apasionado por su profesión, de inmediato sé que se extenderá mucho rato en describirla desde todos los ángulos, sé que no será una conversación cortés, va a ser una lata. Hoy todos se juntan con sus pares: acróbatas con acróbatas, escritores con escritores, lo mismo para los profesores y los deportistas extremos. En esos encuentros no fluye la perfecta cortesía de la que hablaba el doctor Johnson. Se puede elevar a regla: si en una conversación no hay soltura en relación a la vida, de seguro no será muy entretenida. ¿Y qué es una profesión apasionada sino lo contrario a la soltura frente a la vida?

+++